

Puerta de Oro en el Palacio de los Transportes.

## LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL COLOMBINA DE CHICAGO

Si la importancia y la grandeza de las naciones consiste en divinizar la fuerza, en torcer el derecho, en vestir de encarnado, azul ó verde á millones de ciudadanos libres, hacerlos esclavos de un código anti-civil y ultra-penal llamado Ordenanza, enseñarlos á andar, comer, beber, dormir y hasta pensar á toque de tambor, instruirles en la humanitaria ciencia de pulverizarse ó sea *polvorizarse* con y sin humo, conforme á las reglas del arte de Krupp y Armstrong y á la trigonometría militar de Moltke y compañía; si la paz entre los príncipes cristianos consiste en sembrar la tierra de castillos y la mar de acorazados, en inventar explosivos que hasta amenazan la estabilidad y marcha astronómica del planeta; si la prosperidad comercial y la riqueza financiera se funda en extraer, como de apretado limón, el oro, la sangre, el sudor, y hasta las lágrimas del contribuyente, en crear el cáncer del déficit y la tisis de la deuda; en emprender una estúpida lucha de tarifas, una ridícula y cobarde *batracomiomaquia* de aduaneros; si, en fin, el equilibrio político se reduce á hacer dobles, triples y aun céntuples alianzas y mantener el mundo sobre el filo de una navaja de afeitar ó pendiente de un hilo de araña, peor aún, de la buena ó mala digestión de un soberano, vengan entonces coronas de laurel, arcos de triunfo, him-

nos, odas pindáricas, trompas, bombos y platillos de la Fama para este viejo Continente-cuartel, para estos Estados Desunidos de Europa, donde toda la alta ciencia de gobernar se reduce á una interminable partida de ajedrez jugada, aprovechando trampas y descuidos, entre Czares, Kaisers, Sultanes, Reyes, Príncipes, Presidentes, mariscales, almirantes, cancilleres de hierro ó de barro, para robarse las llaves de Oriente ó los cerrojos de Occidente, ya que no pueden secar, beberse ó siquiera apalear como Xerxes las envenenadas olas de ese lago político, de esa balsa de aceite... frito, llamado Mediterráneo, que en mala hora prediluviana se coló por el embudo de Gibraltar para caer en la ratonera de las playas latino-africanas.

Si, por el contrario, la gloria y la fortaleza de un pueblo consiste en adorar la Libertad, realizar la Igualdad y preparar la Fraternidad humana; en hacer de la blusa el más honroso uniforme, de la piqueta la más noble de las armas, del barrenado el cañón de más alcance, de los obreros el más heroico ejército, del ingeniero el más victorioso general, del trabajo la más legítima aristocracia, del talento el único privilegio, de la industria la primera de las artes, de la mecánica la primera de las ciencias, de la paz, la Paz desarmada y desnuda como la Verdad, el eje de toda política y del Comercio el prosaico, pero bendito argumento de la historia, vengan, vengan entonces esos himnos y coronas, vengan las plumas del águila simbólica para contar los hechos y cantar los triunfos de ese inmenso Continente-patria, esa tierra de promisión, esos Estados Unidos, en cuya bandera cada estrella representa un nuevo Estado salido de la inercia geológica de territorio, al soplo de ese Creador anónimo y oscuro llamado el emigrante; de esos Estados en que la Unión es la fuerza y no la debilidad como en Europa; de esos ciudadanos asociados, fraternizados por el vínculo político de una Constitución que es, según la frase de Gladstone *the most perfect piece of work ever struck off at one time by the mind and purpose of man*: La obra más perfecta que jamás brotó á la vez de la mente y la voluntad del hombre. Dichosos súbditos cuyos reyes vegetales, minerales, abstractos, incorpóreos, *King Cotton*, el Rey Algodón, *King Iron*, el Rey Hierro, *King Corn*, el Rey Grano y otros de tal alcurnia y dinastía, reinan y gobiernan sobre los vastos imperios de la Prosperidad y la Riqueza. Dichosos esos pueblos que no tienen historia y si la tienen cabe en dos páginas de oro, una que se titula Independencia, otra que se titula Liberación de los esclavos, escritas por dos héroes, uno que se llama Washington y otro Lincoln; pueblos cuya única cuestión de Oriente consiste en verter el cuerno de Amaltea de su agricultura sobre el seno extenuado de Europa y cuya cuestión de Occidente estriba en poblar, explotar y civilizar ese remoto Oeste del Oeste, ese *Far West*, especie de América dentro de América, abierta á la iniciativa, á la re-emigración de los mismos americanos. Honor á ese pueblo, á esa raza de todas las razas, que de cada año ha hecho un siglo condensado, que ha tenido tal savia civilizadora, tal potencia histórica, tal fecundidad progresiva que en una centuria ha acrecentado de 4 á 63.000.000 su población, que en 1895 se calcula llegará á 75 millones; que ha elevado en 1890 su exportación á 845.293.826 duros, su importa-

ción á 789.222.228, y á 1.502.791.123 su dinero circulante; que ha cubierto su inmenso territorio con 161.225 millas de rails y ha elevado 216.330 escuelas con 12 millones de alumnos á quienes la educación iguala y ennoblece borrando las diferencias de la sangre, pues, como ya decía Confucio, habiendo educación no hay diferencias de clases; dicho profético y casi moderno en su fórmula y sentido y que contiene toda la filosofía de la triunfante democracia americana. Aplauso y admiración á ese gran pueblo, á esos Estados verdaderamente Unidos á quienes Macaulay vaticinaba la bancarrota, á quien, mas *previdente* y mejor calculador, Herbert Spencer anuncia que será *a grander country*, un país más grande. Y sí lo será, porque en vez de ese grito cuartelario de la acampada, de la acorazada Europa, en vez de ese grito de centinela alerta «alto ¡quien vive!» tiene por grito de guerra, contra la Naturaleza y por lema de su paz desarmada, única que de tal merece el nombre, esta palabra mágica como el *sésamo* oriental: «*go ahead*», *adelante*: grito que repite galopando de frente, sin volver la cara atrás á la tradición, á la rutina, carga é impedimenta tantas veces del mundo europeo. Ah! ya el yankee de hoy, consciente de su fuerza, su poder y sus destinos, no pregunta como antes con candorosa y cómica jactancia al europeo llegado á sus playas: *Well sir, and what do you think of our Country?* No lo pregunta porque sabe que ese medio globo en que están como pesas de la ponderación mundial los tres viejos continentes, cederá ante el peso incontrastable y creciente de esas dos Américas, amarradas por el istmo de Panamá, de cuyo lado se inclinará la balanza del porvenir.

Esa tierra de gigantes, soñada y sacada del caos oceánico por el genio de Colón, no podía permanecer indiferente á la apoteótica celebración del cuarto centenario, del que, al descubrirla, duplicó y completó la redondez planetaria de nuestro mundo.

Natural es que la hija celebre la glorificación del padre; que la joven llena de vigor y entusiasmo ofrezca á su europea maestra el espectáculo de sus maravillas, progresos y grandezas, la visión deslumbradora de su porvenir. Qué mejor ocasión, pretexto y forma para ese alarde que celebrar una Exposición magna, que supere á todas las celebradas; certamen de todos los pueblos, mágico escaparate en que se ostenten todos los tesoros del mundo, los triples prodigios del Arte, la Ciencia y su hija natural, la Industria? Por eso América se apresta á la lucha de la inteligencia, se dispone á echar *el resto* de su generosidad y su opulencia, á medir su poder, á ganarse en esta *race of races* (si se me permite este juego de palabras en inglés) en esta *carrera de las razas*, el *championship*, el campeonato del progreso humano. Por eso ha desafiado á todos los pueblos á ese hermoso pugilato de la civilización, en que el vencido en vez de odiar admira á su vencedor y en que cada nación enseña lo que sabe y aprende lo que ignora. Por eso la Exposición Universal de Chicago, á más de su grandezza, su lujo arquitectónico y hasta su extensión geométrica, tiene especial importancia y significación, pues viene á ser un duelo, no á muerte, sino á vida, entre dos Continentes; duelo santo ante el altar del que los unió, duelo reñido en nombre de la humanidad ante la sombra de Colón, llamado por los evocatorios

conjuros del Centenario. Por eso en los parques espléndidos de Chicago, á orillas del lago Michigán, preparan en estos momentos el campo del honor, la arena del torneo de los titanes de la Industria y de la Ciencia.

\*  
\*\*

Para comprender la importancia y la proporcional magnitud de la Exposición de Chicago conviene hacer una breve enumeración de las que le han precedido. La primera que de tal merece el nombre, fué celebrada en 1761 por la Sociedad inglesa de Artes. Con carácter exclusivamente nacional hubo después las exposiciones de Austria en 1835, 1839 y 1845; las de Alemania de 1822, 1827 y 1844, á que concurrieron 3.000 opositores; las de Suiza en 1837 y 1846; las de Bélgica en 1835 y 1850; las de Rusia en 1829 y 1849 y las de Portugal en 1844 y 1849. Pero la verdadera exposición que ya tuvo carácter universal y fué, por decirlo así, la inicial de todos los grandes concursos internacionales, fué la celebrada en 1851 en Londres en el famoso Palacio de Cristal, considerado entonces como una maravilla de arquitectura casi aérea, con su millón de pies cuadrados de extensión, en los que 3.937 expositores exhibieron primeras materias, máquinas, manufacturas y objetos de bellas artes por valor de 9.000.000 de duros. Siguió á ésta en 1853 la Exposición de Dublín y la de Nueva York, con 170.000 pies cuadrados de área. Vino después la de 1855 en París, primera del reinado de Napoleón III, compuesta ya de varios edificios, y cuyo coste fué de 5.000.000 de duros, habiendo concurrido á ella 23.954 expositores. La de Londres en 1862 en South Kensington, tiene ya más solidez y extensión; su construcción es de ladrillo, hierro y cristal, ostenta dos cúpulas de 250 pies de altura por 60 de diámetro, es decir, mayores que la cúpula de San Pedro en Roma y sus edificios ocupan un área de 129.800 pies cuadrados. Su coste fué de 2.300.000 duros, sus ingresos 2.298 150, y á ella acudieron 620.000 visitantes.

En el apogeo del imperio de Napoleón III, cuando la Francia ensoberbecida marchaba al frente del mundo y el Emperador, más arrogante aún que Luis XIV, en vez de *l'état c'est moi* parecía decir: *le monde c'est moi*, se celebró en el Campo de Marte la gran exposición de 1867 en un edificio ovalado de 1.550 por 1.250 pies de extensión. Á ella concurrieron 50.000 expositores y 10.000.000 de visitantes, entre ellos los Reyes de Prusia, Dinamarca, Portugal y Suecia, el Sultán, el Khedive, el príncipe de Gales y Bismark, aquel canciller inexorable que tres años después debía apagar tantos esplendores y hundir tantas soberbias en la *Débâcle* de los campos de Sedán.

Los ingresos fueron de 2.103.675 duros y los gastos fueron mayores, mas si como negocio fué una pérdida, esta exposición puso de manifiesto el poder comercial, industrial y político de la Francia.

Posteriormente á ésta hubo una exposición en Suecia en 1868, otra en Dinamarca

en 1872, y en 1873 una en Viena en la que el principal edificio era cuatro veces mayor que el de la exposición de París de 1867, con una galería de 2.980 pies de largo y una cúpula de 160 de alto. El terreno bajo techado medía una extensión de 60 áreas. Siguió á ésta en 1876 la Exposición de Filadelfia, compuesta de 190 edificios, de los que el mayor tenía 1.876 por 464 pies y el de máquinas 1.400. Fué visitada por 8.000.000 de personas.

Inútil es recordar por lo reciente, los esplendores de la última Exposición de París en 1889, con su famosa galería de las máquinas y con el gran *clou*, con la *great attraction* de la atrevida torre Eiffel, antítesis de la bíblica de Babel, que en vez de dispersar convocó á todos los pueblos y fundió todas las lenguas y por cuyos ascensores millones de hombres quisieron, como ángeles caídos, escalar el cielo, logrando sólo desde la altura medir á vista de pájaro en panorámica visión la pequeñez del hormiguero humano y comprender por el silencio á qué poca altura expiran los vanos gritos de los hombres.

Mencionemos con orgullo nuestra última Exposición de Barcelona de 1888, en que Cataluña hizo ostentación de su supremacía provincial y en la que se vió que si Madrid es *la capital*, Barcelona es *lo capital* de España.

\*  
\*\*

Trasladémonos ahora á la gran ciudad americana donde ha de celebrarse la futura Exposición y hagamos, por decirlo así, la biografía brevísima ó si se quiere la *urbigrafía* de Chicago.

Chicago! hasta su nombre indio es raro, malsonante para oídos españoles y hasta traducido tiene también un significado dos veces mal oliente, pues responde á *Cebolla silvestre*. ¿Se quiere aún más prosa, más suciedad? Pues bien, hasta la grandeza, la fama, la fenomenal prosperidad, crecimiento y opulencia, todo lo debe esa ciudad á... ¿lo diré? Con perdón de ustedes; ¡lo debe á los cerdos! ¡Los cerdos! sí, esos inmundos, gruñentes y caricaturescos cuadrúpedos, que casi ni lo son por su misma gordura; esos proverbiales símbolos de todas las porquerías, son los fundadores, los genios tutelares, los que hacen la segunda ciudad de la Unión á esa Chicago, alias Cerdópolis ó Porcópolis, la ciudad-matadero, la ciudad-despensa, cuya extraña industria es objeto de las sátiras, burlas y epigramas de los mismos yankees. Degollando cerdos, metamorfoseándolos en jamones, tocinos y embutidos, cebando y aun *trichinando* á la humanidad comiente, esa prosaica ciudad ha llegado á ser la más maravillosa del planeta, el prototipo de la ciudad moderna. Ciudad recién nacida, tres veces destruída por el fuego y tres renacida de sus propias cenizas, más grande y como más purificada por el elemento destructor. Mientras Damasco, la ciudad más antigua del mundo, está hoy como en los días de San Pablo, idéntica á como la vió Mahoma; mientras las más famosas ciudades históricas, las ciudades románticas del arte y la tradición duermen petrificadas, cristalizadas, casi sepultadas

en sus propias ruinas, Chicago la prosaica, es hoy el nervio, el orgullo de la joven América. Evidentemente el matar cerdos da más provecho, si no más gloria, que matar hombres como si fueran cerdos. Valiérale más á Alejandro ser salchichero que conquistador.

La historia de esa ciudad bien merece contarse; es breve, interesante y sustanciosa como uno de sus jamones; ella es una provechosa lección para ciertos pueblos-tortugas, sobre todo para este Madrid que para remover una fuente y nivelar una plaza tiene que hacer una verdadera revolución de la anarquía municipal y consumir un céntimo de siglo.

Á 41 grados de latitud Norte y á orillas del lago Michigán (lago que en la minúscula Europa tendría honores y categoría de mar, con sus 320 millas de largo, 70 de ancho y 100 pies de fondo) en la desembocadura del río Chicago, levántase la ciudad que le toma ó le da el nombre, la primera del Estado del Illinois y cabeza del condado de Cook. El primero que la visitó y mencionó fué el francés Perrot en 1761 cuando apenas merecía el nombre de aldea, habitada por indios. En 1803 se construyó en ella el fuerte *Stockade fort Dearborn*, que fué abandonado en 1812 durante la guerra contra Inglaterra, destruído por los indios y reedificado en 1816. Puede decirse que la verdadera fundación de Chicago data de 1821, y aun así basta á demostrar su insignificancia el que en 1832 sólo la habitaban los soldados del fuerte y doce familias, en su mayoría de indios y traficantes. Era tal su pobreza que un *settler* ó habitante decía á cierto extranjero que hubiera podido comprar toda la ciudad por un par de botas viejas. ¿Y por qué no la compró usted? le preguntó el forastero. Porque no tenía las botas, fué la respuesta. En 1833 se hizo un trato con la tribu de 7.000 indios Potawatomes, quienes cediendo sus terrenos se fueron hacia el Oeste del Mississippi, y en 10 de Agosto Chicago se constituyó en ciudad. En 1840 llegó á tener 4.500 habitantes; dos años después 15.000 y otros dos más 150.000. El 8 de Octubre de 1871 una vaca en un establo de la calle Koven derribó una lámpara de petróleo y el incendio que se produjo fué tal que se abrasaron 20.000 edificios, 100.000 personas quedaron sin hogar, murieron 200 y se perdieron 200.000.000 de duros.

La cosa era un poco fuerte; pero, así como los españoles tenemos para la guerra ese general *No importa*, con el cual todo se vence, los americanos con su *adelante*, con su *go ahead*, por nada se apuran. Adelante, pues, y vuelta á empezar. Los Estados Unidos enviaron 7.000.000 de duros como socorro; en el primer año se gastaron 40.000.000 para reconstruir la ciudad que volvió á surgir de sus propias cenizas. Nuevo incendio en 1874; pérdida 4.000.000 de duros. Adelante. ¿Las casas eran de madera? pues venga el hierro incombustible. La ciudad creció y creció tanto que desde 1837 ha crecido doce veces y hoy ocupa 181 millas cuadradas, tiene 1.300.000 habitantes, es la segunda ciudad de los Estados Unidos y la sexta de las comerciales del mundo. Aunque colocada en el interior del continente á 1.000 millas de Nueva York, es decir, como Londres de Roma, los ríos, esos caminos andantes,

los ríos colosales de América, esos lagos oceánicos que contienen  $\frac{1}{6}$  del agua dulce del planeta, los rails, esos nervios de hierro que unen todos los pueblos, le ponen en contacto como los radios á una circunferencia, con todas las naciones y le hacen doble puerto de mar y de tierra, en el que entran las más enormes naves de las cinco partes del mundo. El río Chicago y sus ramales dividen la ciudad en tres partes ligadas por enormes túneles y puentes. El brazo principal del río tiene 100 varas de ancho y forma un magnífico puerto con 18 millas de muelles receptores de todas las humanas mercancías. Los canales del Illinois y Michigán, concluídos en 1848, unen los ríos Illinois y el Chicago y ponen en conexión los lagos con esa inmensa arteria fluvial del Mississippi, base de la circulación vital, ó sea comercial, de los Estados Unidos y ponen al alcance de la ciudad los tesoros carboníferos de las cuencas hulle-ras del Illinois y las inagotables canteras del mejor material de construcción. La verdadera prosperidad comercial de Chicago empieza en 1853 con el *pork packing*, el puerco en latas que inunda todos los mercados de la tierra y que, saltando por cima de mares, fronteras, aduanas y tarifas, á despecho de temporales prohibiciones sanitarias contra sus *latentes* dispepsias y trichinas, ha venido á ser uno de los platos del *menu social* de esta *porquívora* y omnívora humanidad. En 1871 se mataron y empaquetaron allí 1.456.650 cerdos; en 1880 subió la cantidad de víctimas á 5.375.000 y en 1890 entregaron sus succulentas y sabrosas magras al cuchillo de los matachines de vapor, 5.733.082 cerdos y 2.219.319 vacas, por valor de 1.231.000.000 de duros. El templo de Salomón, con sus inmensas y continuas hecatombes, el Circo romano, con sus públicas matanzas, se quedan tamañitos ante las mecánicas degollinas y sacrificios ofrecidos al Jehová del Comercio en la Ciudad-Matadero de Chicago, cuya prosperidad y riqueza bien merecía que un Homero cantase el poema épico-industrial de la *Porquiada*. Las *packing houses* pululan y prosperan á tal punto que en ellas se matan al día 100.000 cerdos y 65.000 cabezas de todas clases de ganados. El culto del cerdo de oro es más práctico y positivo que el del becerro que adoraron los cándidos israelitas. Merced á esa gran tragedia de la degollación de los inocentes, el comercio de Chicago, que en 1850 era de 20.000.000 de duros, en 1890 llegó 1.380.000.000, suma fabulosa que prueba como hasta las porquerías bien manejadas y explotadas por el talento del hombre se metamorfosean en las esplendorosas magnificencias del lujo.

Y para que Chicago sea, como antes le nombré, la despensa del mundo, al comercio de las carnes hay que añadir el de los granos, de modo que esa ciudad surte á medio mundo del pan nuestro y al otro medio de la carne nuestra de cada día. Desde 1854 es el primer granero del globo. La Banca de Chicago va al par de la de Nueva York. En 1890 su comercio fué de 1.380.000.000 de duros, sus utilidades bancarias ascendieron á 4.093.000.000, las transacciones de su Bolsa á 86.000.000, el valor de sus manufacturas á 96.000.000, el de sus ganados á 231.000.000, el de su ropería á 93.000.000, el de sus maderas á 36.000.000, su hierro labrado 15.000.000, su calzado 25.000.000, su papel 25.000.000, sus artículos de escrito-

rio y libros 20.000.000... Basta de millones y de mareas aritméticas. He presentado esta sinfonía numeral, esa lluvia de oro de los guarismos para demostrar con ellos la poderosa fuerza centrífuga de la exportación y la centrípeta de la importación, el flujo de una oferta inagotable y el reflujó de una insaciable demanda, la *sustancia* financiera de las 25.000 reses diarias que entran, como gladiadores *morituri*, por las puertas de Chicago y los trece cerdos que allí mueren por minuto, día y noche por el hombre y para el hombre. Gracias á la alquimia del trabajo, de todas esas fuerzas, de todos esos elementos, de todas esas prosas, ha brotado, por estupendas metamorfosis, la poética ciudad, la Ciudad-Fénix, la Reina de las Aguas, la Ciudad de las Praderas, la Ciudad-Jardín y otros nombres de la letanía admirativa con que le saluda el entusiasmo yankee; ciudad rival de París y Londres, con sus diez y seis parques inmensos, sus soberbias calles, sus hermosos edificios, sus tiendas ostentando todos los primores de la materia. Ciudad que ofreciendo al cuerpo todos los lujos del placer, tiene para el culto y servicio del espíritu innumerables escuelas gratuitas con 135.000 alumnos y 2.842 profesores, que cuestan 50.000.000 de duros; 341 academias, 3 universidades, 786 escuelas particulares; una biblioteca con 170.000 y otra con 2.500.000 volúmenes; 34 periódicos diarios; 250 semanarios; 531 revistas quincenales; 8.000.000 de libros lanzados sólo en 1891 de sus prensas, y para la fe, la esperanza y la caridad tiene 317 iglesias, 25 hospitales y 34 asilos benéficos, en los que sólo la caridad oficial gasta 50.000.000 de duros anuales; y para las relaciones de la inteligencia y la sociabilidad cuenta con 687 centros literarios y 46 clubs.

Ah! quién cambiara el oso matritense de las armas de Madrid por el cerdo *chicaguense*, que algún humorista propone pintar sobre campo de gules en las armas de Chicago con este lema: *The Whole Hog* ó, como si dijéramos, *Todo por el Cerdo*. Quién hallara una vaca que vertiera un quinqué, para fabricar de nuevo este Madrid, estrecho, polvoriento, antisano y casi necropolitano, merced á la antiurbana y municipal incuria de sus concejales y alcaldes.

Ciudad de tales arranques y energías como Chicago, era la llamada á sonar la trompa de la civilización y convocar en su recinto á todos los pueblos para el grandioso certamen colombino. Oigamos la voz del Presidente de la Unión Americana, la proclama breve, sin preámbulos, casi lapidaria en su sencillez, con que invita al concurso á todas las naciones de la tierra:

«Por cuanto que se ha votado un crédito para terrenos y edificios destinados al servicio de la Exposición Colombina Universal, y una suma de diez millones de pesos para el uso y gasto de dicha exposición, de acuerdo con las disposiciones y requisitos de la Sección 10 de la ley titulada: «Ley para proveer á la celebración del aniversario del cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, por medio de una exposición internacional de artes, industrias, manufacturas, y productos del suelo, de la tierra y del mar, en la ciudad de Chicago, Estado del Illinois» aprobada en 25 de Abril 1890.

»Por tanto, yo, Benjamín Harrison, Presidente de los Estados Unidos, en virtud de la autorización que me concede dicha ley, declaro y proclamo que dicha Exposición se abrirá el día primero de Mayo del año 1893, en la ciudad de Chicago, Estado del Illinois, y no se cerrará antes del último jueves del mes de Octubre del mismo año.

»Y en nombre del Gobierno y del pueblo de los Estados Unidos, invito por esta proclama á todas las naciones de la tierra á que tomen parte en la conmemoración de un acontecimiento culminante en la historia de la humanidad y de un interés duradero en el género humano, nombrando sus representantes en la Exposición Universal Colombina, y enviando á ella cuantos objetos puedan poner de manifiesto del modo más cabal, sus recursos, su industria y su progreso en la civilización.

»Dado en la ciudad de Washington el 24 de Diciembre del año de gracia de 1890, y el ciento quince de la Independencia de los Estados Unidos.»

Lanzado el *fiat* hay que crear un mundo de la nada y para este gran milagro, para ese génesis se necesitan dos elementos: el oro que mueve los hombres, y el hierro que mueve las masas; y dos potencias, el genio que todo lo inventa y el trabajo que todo lo forma. Para lo primero se ha constituido una sociedad con un capital de 5.000.000 de duros y el gobierno contribuye con 1.500.000. Esto es sólo para empezar; es la primera piedra angular financiera. Para lo segundo se formó la Junta ejecutiva y directiva á cuyo frente van, como generales á la victoria, el Presidente, el inteligente, el Honorable Thomas Wetherell Palmer; el experto W. T. Baker, Presidente de la Exposición y el enérgico Coronel George C. Davis; potente triunvirato en cuyas manos está la dirección, el éxito, el triunfo de la magna empresa. Jueces del Campo, eligieron para arena del combate internacional, para solar de los grandes palacios industriales, el vastísimo *Jackson Park*, con sus 586 acres de extensión, el parque frente al lago *Lake Front Park*, de 80 acres y como adicional el *Washington Park* de 371 acres, separado de los otros por doce kilómetros, ó, mejor dicho, por cinco centavos que es lo que costará suprimir esa distancia por la cadena de incesantes trenes y *ferri boats* que han de unirlos. El escenario es espléndido, teatral; un jardín, un paraíso artificial de 1.037 acres en que, como flores de piedra, brotarán los palacios, que en número, tamaño, lujo y artística belleza superarán á los de cuantas Exposiciones se han celebrado, pues esta Colombina será en extensión doble que la última de París, tendrá un frente de más de dos millas, contará más de cien edificios y su coste pasará de 16.000.000 de duros, que con los créditos adicionales de los Estados, Territorios, compañías, corporaciones y naciones extranjeras pasará de 32.000.000.

En este momento los cruzados del Trabajo, el gran conquistador como le llama Channing, el ejército santo de los obreros, la aérea legión de los albañiles, trepando como aves por el colgado y peligroso andamio, levantan al espacio y escriben en estrofas de piedra, hierro y cristal, el poema arquitectónico concebido por los arquitectos americanos, quienes, como inspirados por una visión de los siglos, han sabido, con raro talento y habilidad, en los planos de los palacios de la Exposición, fundir

todos los estilos, y elementos de la arquitectura, arcos, columnas, ojivas, torres, etcétera, en una arquitectura mixta, moderna, elegante, monumental y de verdadera gracia y originalidad, destinada á los efímeros pero deslumbradores triunfos del arte industrial. Algunos de los edificios son verdaderos hallazgos, como si en ellos se hubieran mezclado en kaleidoscópica confusión rasgos de Venecia, Toledo, Granada, Atenas, Memphis y Bizancio.

Comparad el inútil trabajo de los cien mil esclavos, bestias humanas, amontonando la estúpida pirámide-montaña de Cheops para guardar por cuarenta siglos el nombre de una acartonada momia, en conserva, que no se ha conservado, con el de los libres operarios de esos edificios levantados á un soplo del genio y destinados á contener cuanto el espíritu del hombre arranca á las frías entrañas de la materia. ¡Ah! esos obreros deben sentir el religioso orgullo que los que en la oda prodigiosa, la más alta, la primera quizás de la literatura moderna, nos pinta Schiller fundiendo la campana. De ellos puede decirse, y ellos pueden decir con el poeta:

Tausend fleiss'ge Hände regen,  
Helfen sich in munterm Bund.  
Und in feurigem Bewegen  
Werden alle Kräfte kund.  
Meister rührt sich und Geselle  
In der Freiheit heil'gem Schutz;  
Jeder freut sich seiner Stelle.  
Bietet dem Verächter Trutz.  
Arbeit ist des Bürgers Zierde.  
Segen ist der Mühe Preis;  
Ehrt den König seine Würde,  
Ehret uns der Hände Fleiss.

Traduzco aquí la estrofa procurando conservar más que su esencia poética su sentido literal:

Mil manos muévense activas,  
Se ayudan con jovial lazo  
Y muestran las fuerzas todas  
En impulso ardiente y raudó.  
El Maestro y el obrero  
Se animan para el trabajo  
Pues la Santa Libertad  
Apoyo preste á sus brazos  
Y cada cual en su puesto  
Se siente dichoso, ufano  
Y afronta con noble orgullo  
Al despreciador extraño.  
El trabajo es el adorno  
Del activo ciudadano  
La bendición es el precio  
Del fatigoso trabajo.  
Honra al poderoso Rey  
La dignidad de su rango;  
Á nosotros nos da honra  
La labor de nuestras manos.—J. A. G.

Salgamos ahora de la gran Porcópolis y entremos en la pictórica *Palaciópolis*, es

decir, en esa ciudad de palacios, en esa Síbaris de las artes, donde ha de celebrarse la Exposición. Veámosla á vista de pájaro ó á vista de poeta, que viene á ser lo mismo. Transpórtense conmigo los lectores, á falta de un costoso vapor de la *Cunard* ó la *Star Line*, por el baratísimo hipogrifo de la imaginación, á las orillas Sur del lago Michigan. Lo primero que aparecerá á nuestra vista será una espléndida decoración, una especie de Venecia con sus canales, góndolas y puentes, no de los suspiros sino de los asombros. Extiéndese al frente una soberbia columnata que une los palacios de la Agricultura y el de las Artes Mecánicas. En el centro se levanta un obelisco egipcio, como una aguja del reloj del tiempo marcando en la esfera del espacio la rotación de los siglos, y las horas palpitantes del progreso. Detrás de ese obelisco, surge el inmenso y hermoso *Palacio de las Artes mecánicas*, con 850 pies de largo y 500 de ancho, ocupando una extensión de 10 acres, y habiendo costado 450.000 duros. El arquitecto ha combinado con singular gracia y armonía, diversos estilos, predominando el del renacimiento.

Á su frente, y como compitiendo con él, ostenta sus severas líneas el *Palacio de la Agricultura* de coste de 500.000 duros, obra del arquitecto Mc. Kin, de Nueva York; con 800 pies de largo y 500 de ancho, un magnífico pórtico de 60 pies, que por una galería de columnas corintias de 5 pies de diámetro por 40 de alto, conduce á una rotonda de 100 pies de diámetro, coronada por una cúpula de 132 pies de alto y bajo la cual, como en gigantesco fanal, se ostentarán todos los frutos y atributos de la primera diosa de la Mitología yankee, de la Ceres americana, la materna Agricultura, en competencia con los frutos arrancados, hoy por el saber, más que por el sudor de la frente, á los más agotados y cansados surcos de la vieja Europa. Ah! Virgilio, el divino cantor de las Geórgicas, el que entonó el poema de las labranzas y las mieses; el que pintó las tranquilas églogas de los pastores y zagalas; qué poema, no didáctico sino super-épico, consagraría como una ofrenda, como un culto á esa agricultura moderna, á esas Geórgicas del potente Vapor y la ingeniosa Mecánica y la vivificante Química centuplicando para la centuplicada humanidad los frutos benditos del vientre de la tierra!

Por su amplia extensión, 700 por 350 pies y 60 de alto, su coste de 650.000 duros, su risueño y gracioso estilo del renacimiento italiano, el *Palacio de la Electricidad*, con sus cuatro entradas, la principal de granito al Sur, será uno de los más bellos, atractivos y característicos de la Exposición. Á su entrada, como presidiéndole y como evocando con el cetro de su pararrayo los genios chispeantes del quinto elemento moderno, la Electricidad, yérguese la estatua de Franklin, aquel que supo quitar el rayo á las nubes y el cetro á los tiranos: *Eripuit caelo fulmen sceptrumque tyrannis*. La electricidad es el *Pneuma* que flota sobre el mundo moderno. Quién sabe si es el alma del mundo materializada. El gran brujo, el moderno Merlín de levita, Edison, la ha hecho su esclava; en sus manos ella es luz que alumbra, verbo que habla, motor que transporta. Levantar un templo á ese fluido casi vivo, á esa fuerza casi divina, es rendir el culto al más fecundo agente, al más bienhechor numen

de la vida moderna. Por eso el Pontífice Máximo, el Czar de todas las chispas, Edison, ha pedido en ese palacio 25.000 pies para sus instalaciones, y promete, según dicen, sorprender al mundo con nuevos inventos. Qué será! ¿Habrá descubierto el arte de pensar en chispas, ir á los astros por corrientes ó repartir á domicilio por alambres la felicidad fabricada por dinamos? Allá lo veremos en Chicago.

Al Norte de este grupo de palacios hállase plantado el *Palacio de los Transportes*, de 300 por 250 pies y coste de 1.000.000 de duros, con su arquitectura rectangular y su serie de arcos que le dan cierta semejanza á un colosal wagón parado; con sus ocho ascensores que llevan á una cúpula de 165 pies de altura, desde la cual se descubre una vista espléndida. Su deslumbradora Puerta de Oro, menos sacra, menos histórica que su homónima la de Jerusalem, es un arco colosal, soberbio mosaico de dorados, molduras, relieves, esculturas y filigranas de ornamentación. En ella hay grabada una Locomotora y una Nave; los dos símbolos voladores de la locomoción, del transporte, es decir, de la fraternidad humana, pues ellas son las que al suprimir las distancias geográficas ligan los continentes, compenentran las naciones, estrechan el parentesco de las razas y quién sabe si á fuerza de borrar fronteras y soldar intereses llegará por ellas día en que ese Mapa-Mundi en que hoy cada color representa un pueblo, es decir, un egoísmo social, no tenga más que dos colores: uno azul, el Mar libre, el reino de todos, y otro amarillo, la Tierra, la patria común, los Estados Unidos del globo. Después de todo, hoy las unidades van poniéndose de moda y de unidad en unidad, de alianza en alianza, puede llegarse á un contrato social más grande y solemne que el de Juan Jacobo. Dijo Goethe, que todo lo que une es divino. Benditos la blanca vela y el blanco penacho de vapor y el rail y el alambre telegráfico: ellos llevan, siembran y difunden el fluido de la humana simpatía; ellos preparan la hermandad de los hombres.

Y pues que del Mar hablamos, para ostentar las grandezas, los tesoros ocultos, la vida de los seres que pueblan ese mundo oceánico, ese *Poseidon*, señor de tres cuartos de esta bola terráquea que habitamos; para pintar sus luchas con el hombre, levántase enorme el *Palacio de las Pesquerías*, 1.000 por 200 pies, de 350.000 duros de coste, con su graciosa rotonda y esbeltas torrecillas. Allí, entre todas las escenas de la vida marítima y las armas del heroico poema de la pesca, habrá un gran *acuarium* mostrando esa vida misteriosa, sorprendente del fondo del mar, de esa región tenebrosa que se burla de todos los ictíneos y submarinos que intentan atrevidos su imposible conquista.

Otro de los más hermosos, por su clásica arquitectura, su coste, 400.000 duros, su dimensión 350 por 430 pies, y su interesante contenido, será el *Palacio del Gobierno*. Bajo su airosa y atrevida cúpula de 120 pies de circunferencia y 150 de altura, exhibirán todos los departamentos del Estado, todos los ministerios: Gobernación, Justicia, Correos, Telégrafos, Guerra, Marina, todos los elementos, todo el organismo, la anatomía, los resortes, motores y fuerzas de esa inmensa máquina llamada el Estado, de ese invisible Briareo de cien cabezas, de ese abstracto y, sin embargo,

ubicuo tirano de hierro llamado el Poder. Allí se verán todas las artes de la paz y los artefactos, artificios y artimañas de la guerra. En el lago habrá una batería, un acorazado y una estación de salva-vidas.

El *Palacio de la Minería* es digno estuche de las joyas, del tesoro que ha de contener. Para albergar á Su Majestad el Oro, á Su Alteza la Plata, al Potentísimo señor Hierro, y á todos los minerales que acuñados, elaborados, fundidos, aleados en todas las formas del arte y de la industria, son los actores, factores y motores de la vida, era preciso un palacio á la altura de tan regios huéspedes. No se quejarán por falta de espacio: 700 por 350 pies, ni por falta de lujo 350.000 duros. Tiene este palacio dos magníficas entradas de 110 pies de alto y cuatro grandes vestíbulos. Un inmenso balcón corrido ó plataforma de 60 pies de ancho le corona y rodea, y su techo de cristal está á 110 pies de altura.

Al borde de las aguas y mirándose en el espejo-lago, como una coqueta, alardea de su arquitectónica belleza el *Palacio de las Manufacturas y Artes Liberales*. Para dar idea de su gran extensión, baste decir que sólo para entarimar su suelo se han empleado 3.000.000 de pies de madera y 125 toneladas de clavos y que dentro de él cabrían 20 edificios como el *Auditorium* (edificio público de Chicago, en que caben 20.000 personas) es decir, unas 24 de nuestras plazas de toros ó en otros términos: 1.000 casas de 50 x 35 pies. No se quejarán las hermosas Artes Liberales de la liberalidad del Estado y las Manufacturas del templo en honor á ellas levantado.

El *Palacio Morisco*, llamado también el *Palacio del Millón*, será una hermosa muestra del estilo árabe. Tiene 200 x 250 pies de superficie y su coste es de 400.000 duros. Debe su tentador pseudónimo á la exhibición que un Sr. Stepani hará de un millón de duros en oro acuñado, metido, no en la consabida arca, sino como un pájaro en una jaula de acero, rodeada de todas las precauciones, timbres eléctricos, guardianes, etc., etc., para defenderla de los ataques bruscos de ese buitres de cien garras llamado la Codicia, ó de las astucias de algún ladrón como el que robó los encerrados tesoros del rey egipcio Rhampsenit y que, gracias á su habilidad, obtuvo la mano de la hija del rey y fué su sucesor á la corona. Aviso á los cacos y timadores. El que robe ese millón enjaulado llegará, si no á rey, á Roque, es decir, á personaje; quizás á Ministro de Hacienda.

Siendo la Mujer la verdadera soberana, sin corona pero con cien cetros, de la República Americana, era natural que hubiese, como hay, el *Palacio de las Mujeres*, hecho para las mujeres, levantado por una *arquitecta*, espacioso (400 x 200 pies), costoso (2.000.000 de duros), primoroso y elegante como un figurín arquitectónico, como una *corbeille de mariage* que ha de contener cuanto el genio de la mujer ha concebido, cuanto ha producido el eterno femenino, *das ewig weibliche*, con la pluma, el pincel, la aguja, la tijera y otros instrumentos más ó menos cortantes y punzantes. No tengo espacio para disertar aquí sobre la misión de la mujer; pero sí creo que este palacio será uno de los atractivos y curiosidades de la exposición colombina; será quizás el *clou*, el clavo, como dicen los franceses. Y para que en realidad no fal-

te clavo en su sentido material, el último que se clave al terminar el edificio, lo será uno de oro, preciosa joya elaborada con todos los matices de este metal (á quien ya nadie llama vil), clavo regalado por las mujeres del Estado de Montana, clavado por las blancas manos de la hermosa Mrs. Potter Palmer, Presidenta de esta femenina sección, y martillado por ella misma con un martillo-joya costado por las mujeres de Nebraska.

Añadid á este bosque de palacios, cuya descripción artístico-geométrica acabaría por cansar al lector, el *Palacio de la Música*, de coste de 1.000.000 de duros, el magnífico de Albany, los que han de construir las naciones extranjeras concurrentes en sus pabellones, las instalaciones históricas reproduciendo La Rábida y los sitios culminantes de la biografía de Colón, y el contingente adicional y auxiliar de hoteles, restaurants, cafés, teatros, kioskos, tiendas é instalaciones más ó menos utilitarias y fantásticas que rodearán al campo de los prodigios, al *Wonderland* de la Exposición y decid si no parece que los millones son una simiente que aun cayendo sobre la arena del Sahara hace brotar la Flor de las maravillas y hace realidad los milagros de la Magia, los cuentos de las Hadas y los sueños de la Poesía. Esa vegetación de palacios que ha florecido en breves días en los parques de Chicago, que ocupa 666 áreas y milla y media de frente al lago, cuyo valor está asegurado en 300.000.000 de duros, esa vegetación en que cada palacio contendrá la rama fecunda, la savia de una industria, el alma entera de una nación, es la vegetación, el fruto lícito, no la manzana prohibida, del árbol de la Ciencia Moderna, donde en vez de rastrera serpiente se anida, como águila olímpica, el triunfador espíritu del hombre.

Como en este escrito me ocupo sólo de lo externo, del continente y no del contenido de la Exposición, quédase en el tintero para trabajos menos retóricos, el estudio de su aspecto técnico, mercantil, económico, industrial y social. Hoy sólo presento aquí una visión anticipada de lo que aun es germen y caos; una *overtura*, un arranque lírico de poeta ante el espectáculo de la Exposición. Quede para otros escritos míos ó para más doctas plumas el estudio de los grandes problemas sociales, políticos, morales, científicos, religiosos, etc., etc., que en Congresos y en un proyectado Concilio ecuménico de sabios de todas las naciones y para resolver todos los problemas de la Paz, la Justicia y la Verdad se habrá de celebrar en el recinto de esos palacios de que sólo he dado unos cuantos rasgos exclusivamente geométricos, hasta que, quizás, su contemplación me consienta emplear colores más vivos y críticas más estéticas y sustanciales.

\*  
\* \*

Ahora bien: ¿cuál es la nota dominante, la *tónica* ideal y característica de esta Exposición, la que la distingue de todas las anteriores, nacionales ó universales, con sus fines mercantiles, con sus catálogos, prosaicos como un arancel clasificatorio de todos los productos fabriles, y con su consabida legión de jurados, más ó menos ju-

INSTITUTO DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA

rídicos y menos ó más peritos, adjudicando á diestro y siniestro, muchas veces con la ciega inconsciencia de una tómbola ó lotería, premios, medallas y diplomas *ad majorem gloriam* y provecho de futuros expositores y tenderos?

Esa nota especial, vibra en el nombre mismo que realza esa Exposición, como un título nobiliario, en el adjetivo *Colombina* que le sirve como de lema, y que corona las cúpulas de sus palacios de una especie de aureola, ó más bien, de aurora boreal, producida por la magnética luz de los evocados esplendores de la historia. El ser esta Exposición una ofrenda, un culto, la centenaria apoteosis del descubridor de América, le da un prestigio, una simpática atracción, un como perfume de tradición y de poesía, que, más que la magnificencia y coste de sus palacios, la coloca por encima de todas las que con más utilitarios propósitos la han precedido.

Dicho se está que siendo la Exposición de Chicago una especie de evocación espectral de los héroes que contribuyeron al descubrimiento, conquista y civilización de América, España ha de tener en ella una representación ideal más que material, un puesto honorífico, un papel más noble que el de enviar fardos y cajones con materias brutas de nuestro suelo y toscos muestrarios de nuestras nacientes y retrasadas industrias. Nosotros que, por fatalismos históricos, nos hemos quedado rezagados como un tren falto de agua ó carbón, sobre la férrea vía, sobre el *auro-carril* de la civilización; nosotros que todavía tenemos el sudor de la frente más que el vapor de la caldera por motor de nuestras fábricas; nosotros, ricos en productos naturales, pobres en obras elaboradas, no podemos ir á Chicago á competir con los titanes de la Industria, con los cíclopes de la Fundición, con los genios de la Mecánica, que transforman la Materia en los moldes del Espíritu. No podemos ir á disputar primacías, palmas, medallas de honor, que están de antemano adjudicadas á nuestros vencedores en el campo del comercio y la producción. Pocos, poquísimos, serán los expositores españoles que desde el fondo de regiones aisladas, separadas, por inercias más que por distancias, del resto del mundo; ignorantes muchos de ellos hasta de la geografía; imaginando quizás que Chicago está en el planeta Neptuno y aterrados por la interposición del abismo, que para otros es puente, del Atlántico, se atrevan á entregar los frutos de su suelo y las obras de sus manos en las de los Delegados para que á través de baches, montes y vericuetos, rails, olas y aduanas lleguen, en milagrosa odisea, sanas y salvas al remotísimo campo del universal certamen.

Pueblo soñador, artístico, romántico, aventurero, pero perezoso, inerte é inadecuado á la vida moderna, á Chicago llevaremos y debemos sólo llevar para hacer buen papel, la representación, no de nuestro *momento histórico*, pues hoy no tenemos historia, sino de nuestro *momento artístico*, pues hoy tenemos arte vivo y manifiesto en los lienzos y mármoles de nuestros grandes artistas. Debemos llevar la representación retrospectiva, arqueológica, típica, novelesca de nuestro pasado, algo que evoque y resucite el fantasmagórico *Walhala* de las sombras de nuestros héroes, la epopeya de nuestras empresas, los romanceros de nuestras hazañas. Por eso, como mercancía privilegiada y casi exclusiva, irá allí el envío oficial remitido por

la mano del Gobierno (única que mal que bien mueve las cosas en España) el tesoro pre-exhibido en nuestra Exposición Madrileña del Centenario.

Aunque descubierta por Colón, América como Continente, América sometida, cristianizada, educada, preparada á su actual grandeza, es, ante todo, obra de España, creación de la raza española que con sus guerreros, navegantes, exploradores, frailes, vireyes, funcionarios, legisladores, sembró en aquella tierra virgen, y á veces mártir, las benditas simientes y hoy portentosos frutos de la gran civilización latina. Por eso á la gran Exposición Centenaria debemos enviar nuestro nombre. Debe ir allí la sombra de España, la luz de su pasado. La forma tangible material de esa espiritista evocación de un siglo y, todos los héroes que llenaron de cien glorias sus cien años, será esa navecilla, formada en cuatro días, con cuatro tablas y cuatro martillazos, movida por cuatro velas como alas de un albatros. Nave resucitada del fondo del mar de la historia, buque-fantasma como el del poema de Coleridge; buque anticuado, inerme, que sería echado á pique por la última lancha de vapor; nave, sin embargo, venerable, sagrada, á quien hoy se bautiza como á un recién nacido y se tributan honras fúnebres como al alma de un *muerto inmortal* en el humilde puerto de Palos. Esa carabela, esbelta, casi teatral, lenta é impropia para el Mar Moderno, esa minúscula *Santa Maria*, la flotante casa del gran descubridor, es la más simbólica representación, la vera efigie, la imagen de España. Cuando esa nave abra sus alas de lienzo y cruce las ondas, que, quizás conscientes de la misión que lleva y el genio que la guía, se asocien á los vientos para sostener é impulsar su pequeñez; cuando, vencidos los peligros de las soledades atlánticas, llegue á las costas americanas con sus cansadas velas, sus castillos de popa y proa, empinados como dos jorobas ennoblecidas con los escudos de Castilla, León, Aragón y Sicilia; con sus anchas portas, sus marineros vestidos á la antigua usanza, su morada bandera de Castilla; cuando ese enano de pino cruce arrogante entre los colosos del mar, entre las naves-castillos y naves-almacenes, ancladas y formadas en el puerto de Nueva York para darle la bienvenida; cuando le rindan homenaje y la saluden izando banderas y entonando una especie de himno de pólvora con el órgano de sus estupendos cañones, todas las acorazadas escuadras del mundo; cuando nuestra bandera sea, por un momento, vencedora de los mismos que nos vencieron; cuando con aplausos y vítores acojan y festejen á los marinos que habrán renovado en el océano mercantil del siglo XIX, una escena del épico océano del siglo XV, en ese solemne momento el nombre, la grandeza y el prestigio de España obtendrán en América, si no el premio de su pobre industria, la medalla de honor por la magna obra de su pasado. Y es que esa navecilla es una reliquia; es que llevará por capitán la sombra de Cristóbal Colón; es que ese cascarón de nuez es reproducción fidelísima de aquella cuyos tripulantes eran héroes, cuyo último grumete llevaba sobre el pecho el *robur et æs triplex* horaciano. Aquella nave, al cruzar *por mares nunca de antes navegados*, realizó el hecho más culminante de la historia, la sublime Odisea, la heroica Eneida, el incomparable poema del *Plus Ultra*, la incantada é incantable *Colonia-*

da, que abrió á los vuelos de la navegación moderna el redondo imperio de los mares. Por eso la *Santa María*, al llevar á bordo el blasón de nuestra nobleza, la reliquia de nuestro poderío, el archivo de nuestra historia, nos dará el mayor triunfo, el más valioso premio que podremos lograr en la Exposición Internacional de Chicago. Ojalá esa barquilla, que después de cruzar el Atlántico atravesará, según parece se proyecta, entre festejos y palmas, casi *navegando por tierra*, á través de los lagos y ríos, distancias mayores que todo su derrotero oceánico, nos descubra la *Española* comercial, nos abra nuevos mercados, nos conquiste nuevas simpatías, nos enlace con nuevos convenios, á esa América donde los nombres de tantas ciudades y sitios, por su origen y pronunciación castellana, proclaman que España descubrió, gobernó y colonizó el gran Continente, la inmensa tierra del porvenir, esa libre y libertadora América que va á hacer ostentoso alarde de su prosperidad en los parques y palacios de Chicago.

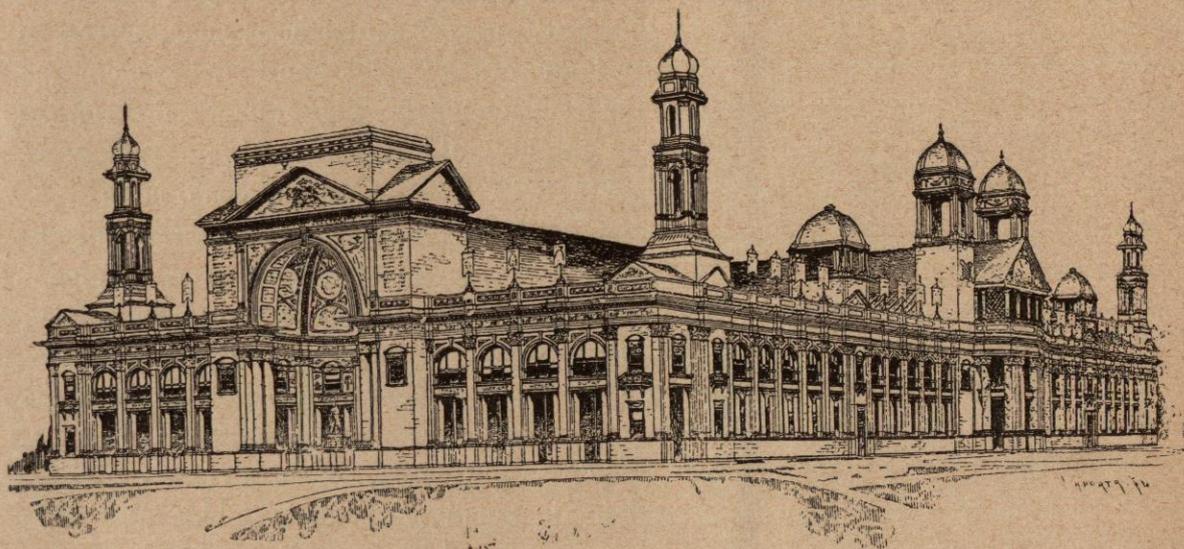
Ah! esos alcázares casi fantásticos, levantados en días y por días, en cuanto cumplan su expositiva misión, caerán como castillos de naipes, desaparecerán como decoración de una inmensa y cósmica *féerie* al golpe de los mismos brazos, piquetas y martillos que los alzaron. Serán palacios frágiles porque son de cristal, casi aéreos y no de granito. El granito es para los sepulcros, para los pueblos que duermen el sueño de los siglos; el cristal, el ladrillo, el hierro son los transitorios y casi improvisados materiales propios para las arquitecturas de estos siglos de luz, rápidos, efímeros, casi eléctricos, en que cada generación, gracias á los milagros de la ciencia, á la perpetua evolución de la vida, á la rotación incesante del progreso, á la metamorfosis continua de los hechos, cambia cada día el escenario de sus dramas, el molde de sus obras y el patrón de sus necesidades. En esos palacios de Chicago nuestra generación *finisecular* (según mi gramática), *fin de siècle* (según se empeñan en decir los *amateurs*) habrá exhibido los últimos prodigios de su genio. De cada fardo allí llegado, habrá salido una obra colectiva, forjada, aún la de apariencia más individual, tras una serie de estados, por millones de manos, para llevar el bienestar, el lujo, quizás la apariencia de la dicha, á todos los hogares de la tierra. Allí el hombre habrá *expuesto* su génesis, la re-creación de la segunda vida por medio de las creadoras artes de la civilización que completan la obra prima de la naturaleza. Allí el mundo eléctrico de Edison habrá saludado al mundo épico de Colón. Allí, el poeta de la democracia americana, el libre, semi-bárbaro, semi-bíblico vate cosmopolita Walt Whitman podría, si reviviera, repetir á los pueblos congregados junto al lago Michigan su grandioso Canto *Salut au Monde*. El podría en sus extraños versículos, no versos, sin rima, cantar como un Dante americano, no la *Divina Comedia*, la *Sobrehumana Comedia* del progreso; pintar no la *città dolente* de la desesperación, sino la *città laborante* de la esperanza; no el *eterno dolore* del corazón, sino el *eterno sudore* de la frente; no la *perduta gente* del pecado, sino la *benedetta gente* del trabajo; esa gente que hoy va á realizar, no los orientales prodigios de las *Mil y una Noches* sino los portentos de los *Ciento ochenta y cuatro* días que ha de

durar esa universal Exposición, donde la humanidad verá reunidos sus tesoros y sabrá lo que puede, lo que tiene y lo que vale. ¡Ah! esas obras y no las dudas metafísicas de Fausto son el verdadero poema del siglo XIX. Poema divino por las grandezas, diabólico por los tormentos, heroico por las batallas, dramático por las ansiedades, didáctico por las enseñanzas y pictórico por los escenarios que ofrecería al poeta sintético que tuviese el alcance de cien Homeros para cantar sus cien *Ilíadas*. Poema cuyo asunto está en todas partes, abierto como un libro, cuyo texto, cual si estuviese escrito en lengua de magos, resiste á la traducción rítmica á la interpretación genial del vate. Poema cuyos héroes son las multitudes, cuyo campo es la historia y del que los asombros de la Exposición de Chicago y la evocación de la carabela *Santa María* son un mero y fugitivo episodio.

Enana gigantesca! portentosa carabela *Santa María*! Cuando en su derrota por el hoy medido, sondeado y dibujado Atlántico, con guías y rumbos casi fijos, como los trazados de un camino, haya reproducido el simulacro de su primer empresa á través de la inmensa, de la absoluta soledad del mar; cuando por la violencia de sus balanceos, la fragilidad de su quilla, la ineficacia y lentitud de sus velas, la estrechez de sus camarotes y los peligros de su jornada, haya dado á sus modernos tripulantes idea del temple de alma y la fibra de cuerpo de los soñadores y aventureros que de Palos se lanzaron por mares teóricos á tierras fantásticas; cuando, con su nombre místico, arrancado á la ferviente letanía de nuestros abuelos, haya cruzado entre los buques-infiernos, entre los monstruos de hierro y fuego, bautizados con los aterradores y provocativos nombres de la mitología de la destrucción; cuando entre palmas y aplausos, hurras y salvas, banquetes y festejos llegue, como la invitada Reina de los mares á los tranquilos bordes del lago Michigán, quizás, en ese instante supremo, el invisible Capitán-fantasma que en espíritu, ya que no en cuerpo, manda esa frágil barquilla, saliendo de su imitado camarote, aquel camarote en que sufrió las internas tempestades y mareos de la duda y el temor, se dirija á ver maravillado en las galerías de la Exposición todos los portentos acumulados por la magia científica de la civilización, en los cuatro siglos de su sueño histórico. Quizás, al comparar su grandeza pasada con las grandezas presentes, concorra como expositor de su solo nombre para alcanzar el premio de honor, la medalla debida á su obra incomparable. Quizás arrebatado, embriagado ante el hosanna de su centenaria glorificación; transfigurado como un coloso apocalíptico, se eleve con alas de fluidos á la más alta torre del Palacio de la Electricidad y desde allí, abarcando con la omnividente pupila del genio, no ya el limitado recinto de los parques, sino horizonte tras horizonte sucediéndose como las hojas de un atlas infinito, la visión total de la interminable América, su sueño, su hallazgo, su conquista; de ese continente, con el mosaico de sus crecientes ciudades, con la alfombra de sus inagotables cosechas, con sus cordilleras y sus ríos enormes, como espinazos y venas del planeta; con su red de carriles y sus bosques de chimeneas, humeantes con las esencias de la vida; con los aún desiertos é inmensos solares de sus territorios, esperando sólo las desbordantes

masas de la humana procreación, la lluvia del sudor de las futuras emigraciones para convertirse en super-bíblicos Edenes; cuando como el visionario de Patmos vea la luz del triple candelabro del pasado, el presente y el futuro de ese Nuevo Mundo, acaso él, el Colón de la Mar, pida á Edison, el Colón de la Luz, un rayo de los que allí guarda encadenados en sus pilas, y una barra de imanado hierro. Al oír el coro de los pueblos dando el nombre de América á ese fascinador panorama de su mundo, tal vez dirá, más con orgullo que con envidia por la usurpación: «ya que no llevas mi nombre desde hoy llevarás mi rúbrica indeleble.» Y como un artista que contempla su obra terminada y ve que es buena y la firma, como sello de su autenticidad y su valía, el resucitado Almirante, con la punta de su vara metálica y con letras de aquella luz que baja de las nubes, trazará esta rúbrica de titán: *Cristóbal Colón fecit.*

JOSÉ ALCALAGALIANO



Palacio de la Electricidad.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA